

LOS TOROS DEL PUERTO.

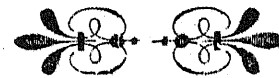
JUQUETE POÉTICO

10

EN CUATRO CUADROS.

por

D. JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

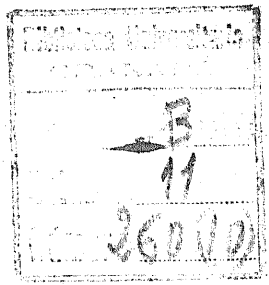


GRANADA.

Imprenta y librería de D. José M. Zamora.

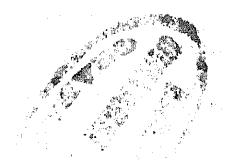
1859.

24 SETL 911



Preámbulo.

Existen ciertos resortes en lo mas íntimo del corazon, que cuando llegan á tocarse, despiertan ó ponen en movimiento las diferentes afecciones á que corresponden, y si estas han tenido su origen de las primeras impresiones, ó han nacido en aquel hermoso periodo de la vida, como dice Ancillon, en que todos los sentimientos se hallan en flor, arrebatan el ánimo y lo impelen con una violencia irresistible hácia aquellos tiempos que no pueden volver, y que siempre aparecerán á lo lejos como las armonias celestiales que sentado á las puertas del paraiso escuchaba llorando el primer hombre; el Adán de Milton. No podía por lo tanto dejar de herir profundamente mi espíritu adormecido con los años y como embotado con las atenciones de mi afanosa carrera, la dulcisima memoria de una de las mas halagüeñas recreaciones de mi infancia, de las delicias de mi juventud. Nacido en Cádiz, criado y educado en aquel emporio de la riqueza, del buen gusto y de la civilizacion en los tiempos acaso de su mayor opulencia; participé por lo tanto de cuanto en la profusion y bizzarria de sus naturales, sabian estos poner en juego para ensan-



char, aliviar y distraer el ánimo; acostumbrado á las bellísimas y pintorescas escenas de aquel drama siempre animado y encantador, entre las cuales brillaba la de *Los Toros del Puerto*, como una de las más grandiosas y apetecidas; ¿qué efecto mágico no causaría en mí el anuncio de la representación lírica de los señores Salas y Ojeda, y la maestría inimitable con que les oí cantar la célebre tonada que con aquel título los ha hecho célebres y merecedores de tan repetidos aplausos? No obstante, el cuadro no podía menos de aparecer como incompleto para los que tantas veces nos presentamos como los actores de los hechos que se describen, y de muy lánguido colorido para unos ojos acostumbrados al esmalte y brillantez de sus tintas: así es, que no me fué dado resistir el veheméntísimo deseo de trazar el bosquejo que conservo y conservaré siempre en mi imaginación; lo he llevado á efecto en algunos momentos de ocio, no sin desconfianza, si bien con el firme convencimiento de que mi obrilla no podrá culparse de poco verídica ó inexacta; y por último, aunque no se reciba ni se considere como una de las flores de nuestra amenísima literatura, quedará satisfecho mi deseo si logro despertar en mis amados compatriotas los gaditanos, á quienes dedico el presente juguete poético, la memoria de aquellos días floridos, apacibles y venturosos.

NOTA.

Todos los personajes de que se hace mérito en la presente composición, son los mismos que actuaban en aquella época; esto es, los toreros, los patrones de los faluchos, los del resguardo, etc. etc.

LOS TOROS DEL PUERTO.

Cuadro Primero.

EL MUELLE DE CADIZ.

—Que me largo; ¿quién se embarca?
 A los toros, don Ramon,
 que va fletado el falucho.
 —¿Por qué mientes, Camaron?
 —¿Cómo mentir! ahora mismo
 don José me lo fletó,
 el tío del boticario
 de la calle del Veedor.
 Mírelo usted relleno
 en la banda de estribor
 debajo de la carroza,
 porque no le dañe el sol.
 —Déjate de cuchufletas.
 ¿Mas qué miro! Don Simon,
 ¿se viene usted á los toros?

A bordo, á bordo: Pelón,
atraca al punto la lancha.

—A mi me toca.—Tumbona:
aparta allá, botarate.

—Si la vez la tenia yo.

—A que te zampo en el agua
ó te doy un revolcon.

¡A mi p'garme!—Trastuelo...

—Vamos, esto se acabó.

—Entren ustedes en esta:

melitar: andar por Dios,

que se me hace mala obra

con la menor detencion:

atraca, atraca ese bote.

No hay remedio, se quedó!

—¡Qué se ha de quedar! ¡pinturas!

Si hasta que se quite el sol

y recojas las canastas,

y se embarque el señor Pró,

no te menea del muelle

ni el gallo de la Pasion!

—¡Te vas luciendo, Lechugat!

Si fueras tú; ¡la ambicion!

¿No estás cargado hasta el tope?

Márchate por San Anton,

y deja comer á todos;

márchate, porque si nó...

—¡Qué has de hacer, so fachendoso?

—¿Cuál será mas de los dos?

Ya se sabe, en los faluchos:

de Travieso ó Camaron.

todo melitar que entra

antes que desatraco,

á general, y si es fraile,

á obispo ó papa ascendió.

—Mira, mal alma, perdido...

trae la caña del timón.

—Dame, Pepe, ese bichero...

—Belitre.—Infame.—Ladrón.

—Que se matan, á la guardia.

—¡Virgen de la Concepcion!

—Agradece la distancia.

—¿Qué me has de hacer, baladron!

—Vamos, señores, prudencia.

—Nos veremos; si señor.

—Cuando usted quiera, á la noche.

—De Guia en el bodegon.

¡Señor don Cosme!—Travieso,

¿mi compadre se marchó?

—¿Qué compadre, el del barquito

que hace un siglo se estrenó,

que se anega, y en la barra

todo se descuadernó?

—¡Canalla, si el barco es nuevo!

—En él Jonás se embarcó:

en él pescaba San Pedro

cuando Jesus lo enganchó!

—¡Mas qué miro, Castellano!

—A usted tan solo aguardaba;

á los toros lo esperaba:

nos marcharemos temprano.

¡Las princesas! por aquí;
á esta lancha, doña Rosa:
esta niña, ¡qué preciosa!
esta ha de ir junto á mi.

—¿Cómo está el mar?—¿El mar? muerto;
sin una pizca de espuma:
si usted un cigarro fuma,
al concluirse, en el Puerto.

Larga, larga... ¡Mas qué ve!
Aguardar un par de instantes:
el pae guardin Infantes
y con él fray Timoteo.

—Castellano, Castellano;
ya vamos; espere un poco.
—Padres, con la quilla toco:
por allí; venga la mano.

A barlovento, señores:
pon el fogue por asiento;
aquí no les dará el viento.
—¿Será el viaje...?—De mil flores.

—Palabra, y tengan paciencia:
la que nos cuida la ropa...
—Ya entiendo: aquí por la popa;
llámela su reverencia.

—Ya viene con la sobrina:
Rosario, sin tropezar;
acabarás de llegar.
—Me entretuvo una vecina.

—Castellano.—¿Qué se arranca?
¡Estudiantes! ¡buen carguiol!
—¿Nos colamos?—Al avio:
bota con esa palanca.

Larga del todo, ligero;
vamos, arriba esa entena;
iza, iza; ya está buena:
venga esa escota, Calero.

A una, y con Dios: venga abajo.
Amolla, amolla, ¡y qué diestro!
Ponga el reloj, padre nuestro,
que me voy por el atajo.

Rompiendo el mar con la afilada quilla,
después de tanta broma y algazara,
deja de Cádiz la estendida orilla;
y del aire al impulso y fuerza rara,
pez escamoso que en las ondas brilla,
rauda pelota que el cañon dispara,
era el libre falucho en su carrera
con su gente lucida y placentera.

Cuadro Segundo.

EL VIAJE.

Amollado en popa
navega el falucho,
la vela tendida
sin rizo ninguno;
la entena en el tope,
los remos sin uso,
el timon al centro,
la escota sin nudo.
Alegre, risueño
se hallaba el concurso;
sin miedos, recelos,
zozobras, ni sustos.
Al lado de un fraile
don Cosme se puso,
y la doña Rosa
de un paquete junto.

Mas allá un alferoz
negro y bigotudo,
á doña Rosario
le brindaba el gusto.
Tambien una vieja
con catorce lustros,
á un majo de cinco
le rozaba el bulto;
mientras que tosiendo
tétrico y enjuto,
los mira un sochantre
con su ceño adusto;
los tres estudiantes
y un barbero zurdo,
y los reverendos
sanos y robustos.
Y á proa un recovero
con cuatro farrucos,
que á la tierra vuelven
con ópimos frutos.
Navega, navega,
vuela mi falucho,
en todos los mares
como tú ninguno.

—La punta de San Felipe,
¿no es aquella, Castellano?
—La misma: ya hace una hora
que á la popa la dejamos.
—Mire usted á Rota, ¿qué clara!
—Si está el dia despejado.

vamos á ver si hay un puro:
padre Infantes, ¿hay tabaco?

—Negro y no bueno: ¿usted gusta?
En Cádiz anda algo escaso,
pues por el tiempo este invierno
las labores se han parado.

—Aqui tiene usted mi bolsa
con seis libras de cigarros
de tres varas cada uno,
dijo sacándola el majó.

—Venga á mí uno.—A mí otro.

—¿Hay para todos?—Tomarlos;
tres cajones tengo en casa
que de la Habana han llegado.

—¿Dicen como son los toros?

—Con cuatro patas; ¡pelmazo!

No, que serán como tú,
con dos mereciendo cuatro!

—Quiero decir si son buenos.

—Cinco son de los Gallardos;

el uno de Vista-hermosa,
y los otros dos de Arcos.

Hay uno con hormigon
que parece un campanario.

Ayer los ví en Buena-vista.

Hay otro berrendo y gacho,

y otro negro cuerniabierto,
que no hay para ellos caballos.

Alli me encontré á Guillen,

y al tío Ortiz ya disecado,
con mas años que el palmar.

—¿Y quién mas pica?—Colchado:
vamos, la cuadrilla es caña;
tendremos un lindo rato.

—¿Qué barco es aquel? pregunta
un señor muy espetado,
que en la aduana maneja
las guias y los despachos.

—Es una corbeta inglesa,
que anda por aqui cruzando.
¡Que estos ingleses no dejen
de venir á olisquearnos!

¿Y aquel otro?—Es una urca.

—¿Y aquel?—Un bergantín sardo.

—¿Y ese tan grande que entra
de lanchones rodeado?

—Un navio de los rusos
que lo vienen remolcando.

—¡Vaya una compra!—¡Escelentel
Dios nos tenga de su mano.

—De la Rusia ahora me acuerdo,
dijo el militar; ¡canastos!

por un tris no me convierto
en un pedazo de mármol!

—¿Cómo fué? dijo la niña;
¿era usted entonces soldado?

—Soldado y con muchos bríos;
repartiendo muchos palos.

—Cuéntelo usted, militar.

—Jamás de rogar me hago.

Mas de cien mil campeones
en mi division marchaban,
tremolando los pendones
de cien lucidas naciones
que reunidas se encontraban.

Y otros cien mil, y otros ciento
en pos seguian briosos,
con tal valor y ardimiento,
que no se vió igual portento
en los tiempos fabulosos.

Palo aquí, sablazo seco;
cañonazo, puntapié;
aquí duro que no peco:
no valió bula de Meco,
todo, todo lo arrollé.

Pero se movió el invierno
y los fieros se acabaron.
¡Ay señores, y qué inferno!
Todos casi al Padre Eterno
los bigotes le contaron.

Aquí tropiezo y me tiro,
y en un Moncayo de nieve
como enterrado me miro;
clamo, reclamo, suspiro,
mas nadie á piedad se mueve.

Y al cabo de una semana,
bramando de rabia ó ira,
salí con la barba cana
de mi triste caravana.
¡Aun me parece mentira!

—Y puede, dijo un paquete.
—Es verdad, repuso el fraile.
—¿Y á usted quién aquí lo mete?
—¿Y quién usted, zoquete?
¡Quién le da entrada en el baile!

—Paz, señores; Castellano
dijo con voz mesurada:
yo aquí soy el soberano;
el que insulte es un villano.
—Todo es broma.—Si no es nada.

=Que canten los estudiantes.
Canten ustedes, señores,
sus canciones viandantes,
pues quedan pocos instantes
para escuchar sus primores.

=Saca el violin, la vihuela,
el pandero y la sonaja;
Camacho, que el tiempo vuela.
=¡Venga de abil! ¡Ay canela,
que se pudra la mortaja!

CANTARES.

A los toros voy, señores,
á ver una cosa rara,
mas si se vuelve la cara
aquí se hallarán mejores.

= ¡Bravo, que viva! ¡bribones!

Una rosa me encontré
pura, fragante, divina;
mas al tocarla, una espina
de su cabo me clavó.

= ¡Que viva la rosa! ¡bien!

A mi padre confesor
me acusé de un pecadillo,
y meneando el cerquillo
decía: ¡Ay qué primor!

= ¡Ay salero, y qué calor!

Bello, aunque de triste traje,
dice allí fray Timoteo,
al estudiante más feo
quiero pagarle el viaje.

= ¡Que viva! y que se lo pague!

= ¡Hay alguna novedad!
¿Qué mira usted, Castellano?
= Nada, nada: me parece
que el viento va escaseando.
= Aquella ceja. = ¡Maldita!
Mas no hay que tener cuidado;
siempre en la canal tenemos
un ratillo de fandango.
= ¡Bueno está, vaya un meneo!
Trae la cubeta, muchacho,
que la niña de don Cosme
hace guiños. = Ni pensarlo.
= Carga un poco, Juan Candiles;
carga mas, que va cambiando,
y si el caris no me miente
hácia el este se ha volado.
No lo dije; ¡Santa Tecla!
¡Ya está ahí el perro! ¡canario!
¡Con qué brio se nos viene!
= ¿Hay peligro, Castellano?
= Abajo pronto esa vela.
Cala, cala; el puño en mano:
cala mas, cala seguido;
¡que no se moje, naranjo!
A barlovento, señores.
= ¡Qué rocion! = Planchearnos.
= ¡Qué tiempo, Jesus Dios mio!
de repente se ha mudado!
= ¡Ay Virgen Santa de Regla!
dijo la vieja temblando:
los frailes rezan maitines;

¡Ocha fieros el soldado,
y se arma tal batahola
que no es posible esplicarlo.
=La cubeta, la cubeta.
=Ponte en la borda, Atanasio.
Esa niña, ¡santos cielos,
la peseta ya ha cambiado!
¿Tambien usted, doña Rosa?
Los dos rizos; bien cerrados:
cambia; arriba; ya está buena.
=Menos vela, Castellano;
menos vela, por San Dimas.
=Señores, que no hay cuidado.
=¿Y la barra? dijo el Curro.
=La barra está como un plato.
=¿Tenemos agua? =Tenemos
agua y viento de sobrado.
=Padre Infantes, padre Infantes,
clama don Cosme azorado,
arrímese usted á nosotros.
¡Qué toros tan desgraciados!
=Cala y carga, cala y carga.
=¿El castillo se ha tapado?
=¿No vé usted el ancladero?
=¡Qué rocion! =Planchearnos.
=¿Hemos entrado en la barra?
=Hoy no hay barra: troza á palo.
Caza un pico. =Hooi, caaza.
=Bueno está. =Vamos, hermanos
á nuestro Padre Jesus
y las ánimas rezando.

—¡Padre mio!—Los sombreros
al momento se quitaron;
y en coro rezan los frailes
con un fervor estremado;
y el patron al concluirse
con su sombrero la en mano,
que nuestro Padre Jesus,
dijo con eco esforzado,
y las ánimas nos den
buen viaje, y sin quebranto.
Y en pos con eco doliente
un mariuero ha saltado,
para Jesus, repelia,
y las ánimas un cuarto:
y en seguida el sota llega
con la gorreta hecha plato,
y todos para el puchero
su peseta van soltando.
—Amolla, dijo el patron;
ya en el rio nos hallamos;
atraca al barco de rentas.
Buenas tardes, don Amaro.
—¿Qué tenemos?—Nada, nada.
—¿No viene ningun despacho?
—No señor: cuatro liillos
de ropa de uso.—Cuidado.
—Venga esos cinco.—Buen viaje.
—Larga, Curro.—Castellano,
digale usted á mi mujer
que me envíe unos cigarros.
—Tome usted de estos que vienen.

—Deje usted.—Vaya esos cuatro.
—Adios, señores.—Con Dios.
Los bicheros en la mano.
Bien venidos, caballeros:
señores, muy bien llegados.
—¡Buen viaje hemos traído!
Tres cuartos de hora.—Y escasos.
—Atraca y vayan saliendo:
despacio, no se hagan daño:
atraca bien á la escala.
—¿Se vuelve usted, Castellano?
—Yo no; pero mi fálucho
lo llevará mi cuñado.
—Caballeros, caballeros,
á pagar los cuatro cuartos.
¿Cuántos son!—Siete y un lio.
Pues treinta y dos bien contados.
—¿Quieren ustedes calesas?
¿Va un borrico, ó dos caballos?
—Nada, nada, y abrir calle;
vamos á ver, dejar paso.

Cuadro Tercero.

LOS TOROS.

—El que quiera, á Rejas-Verdes
y tomaremos café:
véngase usted, padre Infantes.
—Señores, no puede ser,
me esperan en el convento;
otro día admitiré:
con Dios. Anda tú, Rosario:
por allá pareceré.
—Véngase usted, militar,
y estas señoras también,
que la cosa es ir de broma.
Ahora están dando las tres.
—¿A qué hora empiezan los toros?
dijo don Cosme.—No sé;
pero entre las cuatro y cinco
se empezaron la otra vez.

—Pues vamos, que los asientos
allí se suelen vender.

—Y es verdad. Allí se venden:
mire usted el despacho; aquel.

Yo los tomaré.—Ninguno
se moleste que yo iré,

pues conozco al que los vende,

dijo el majo, y los traeré.

Por supuesto para todos.

¿De donde lo quiere usted?

¿Todos juntos al tendido,
y las señoras también?

—Las niñas á los balcones;

á una vista: ya se vé.

no es bueno que anden abajo,

no peguen algun traspies.

—Yo iré, dijo el militar,

de escolta les serviré,

y si alguno las ofende

no digo nada.—Está bien.

Que el militar acompañe

las niñas, y á mi mujer.

Mozo, mozo, el café pronto:

seis tazas y una de té.

—¿Copas?—No queremos copas,

que está el tiempo muy cruel;

esto es, muy caluroso,

y el Gay nos puede perder.

—Las tres y media.—No hay miedo.

—El despejo quiere ver

esta niña, que la ha dicho.

un amigo antes de ayer
que lo hacen los provinciales
que han venido de Jeréz.

—Ya están aquí los asientos:
bonito estoy; mire usted
como me han puesto, don Cosme.

¿No sé como me acerqué!

¿Si apenas podia llegarme,
con el gentio que hallé!

Vamos, si no me revuelvo

y abro un paso de tres pies,

ni en un año me despachan.

Para las hembras, y usted,

señor militar: nosotros

iremos juntos despues.

Al avio; ¿cuánto debo?

—Ya está pagado el café.

Ese mas peso en la bolsa.

Pues señores, á correr

por la calle del Ganado

ó el Polvorista; escoged.

—¿Qué sol hace!—Siempre han dicho

sudar mejor que toser.

¿Qué gentio!—Ni un asiento

ha de quedar que vender.

Allí viene un picador;

¿es Colchado?—El mismo: ¡bien!

¡Viva un hombre con salero!

—Gracias, señores.—¿Y aquel?

—Aquel es un matador.

—¿Es Cándido, ó es Guillen?

—No señor: el Sombrerero.
—¿Antonio? ¡Qué serio es!
—Es un hombre entre los hombres;
muy completo, y muy aquel.
—Mire usted los pruchinelas:
don Cristóbal, su mujer.
¡Qué bonito! ¡Y qué porrazos
se sacuden en la sien.
Y allí está el titiri mundi.
—La gran torre de Babel,
gritaba el titiritero,
con el portal de Belén.
Ton, torronton, ton ton ton.
¿Quién se acerca? ¿quién mas vé?
—La cueva de San Patricio;
nuevo cautivo en Argel;
los siete infantes de Lara,
los amantes de Teruel.
—¡Ay, romances! ¿Si tendrá
el don Pedro y doña Inés?
—¡Qué bullicio, santo cielo!
De Rota, Arcos y Jerez,
de Puerto Real, Sanlúcar
van llegando cien á cien,
en barrochos y berlinas
y en caballos de alquiler:
y hasta carretas y burros
vienen pegando traspiés.
—Por aquí, señor don Cosme.
¡Que me ha hecho usted agua un pié!
—¡Rosita, por Dios, cuidado!

—¡Que me estrujan; San Gabriel!
No descuidar los pañuelos,
porque se suelen perder.
—¿Qué mesillas son aquellas
que en dos hileras se ven
con espuelas, canastillas,
y llenas de no sé qué?
—Vendedores de turrón;
ó regatones mas bien
de las frutas y avellanas.
—Todos gritan á la vez:
no se entiende lo que dicen.
¡Qué confusion!—Oiga usted.

Avellanas, avellanas:
á las tostás, señores;
no se encontrarán dos vanas;
á las nuevas y á las sanas:
avellanas como flores.

Coquitos de Portugal;
los tostaos y altramucos
con muchísima la sal;
agua fresca con panal;
rosarios, medallas, cruces.

El buen turrón de Alicante;
dátiles de Berbería
ca uno como un diamante;
cómase usted este brillante:
¿quién me lleva esta sandía?

¡La vajo? ¡eh, caballero!
solo el verla mete gana;
mas grande es que ese sombrero:
¿quién me compra este lucero?
¡vaya una capa de granal.

A la canela; melones:
una tajá por un cuarto
mas dulce que los turrónes.
¿Quién quié malacatonés?
Con uno quea uno, hartó.

Pitos, trompetas, tambores.
De la Isla como leche
rosas frescas, alfajores:
¿Quién lleva un ramo de flores?
¿Quiere que horchata le eche?

—Andar, andar, no pararse:
entremos por esta puerta;
unidos, no estraviarse;
por aqui no hay que apartarse:
Esa niña que va suelta.

Usted, señor militar,
con las hembras por allí.
Ya lo iremos á buscar
cuando se vaya á acabar:
repare usted siempre en mí.

Y nosotros, caballeros,
por el mismo escotillon
que entran aquellos boqueros.
Cuidado con los sombreros,
no lleven un estrujon.

¡Jesus, Jesus, qué de gente!
todo está de bote en bote!
—Mire usted allí á don Clemente:
ahora mira con el lente.
Con él está su amigote.

—¿Las niñas llegaron ya?
—Alli están entre mil flores.
—El despejo cerca está;
la música entrando va:
mire usted los gastadores.

¡Qué plumeros, qué preciosos!
Vienen vestidos de gala:
qué soldados tan hermosos,
qué arrogantes y qué airoso!
Ahora se ponen en ala.

Alto, ¡qué bien en batalla!
¡Qué fila está tan derecha!
y llega de valla á valla:
Mas derecha no se halla
desde la cruz á la fecha.

¡Qué aspecto noble y guerrero!
Buena gente á toda ley,
con mucho brio y salero:
¡Evolucion! un lebrero.
¿Y qué dice? Viva el rey.

Qué estrepito, qué patadas,
qué voces, qué algarabía:
las gentes desatinadas,
se deshacen á palmadas
y saludan á porfía.

Vuelve á sonar el tambor,
y se tornan á alinear;
qué firmeza y qué primor,
qué señorío y ardor
van mostrando en el andar.

El concurso se arrolló,
que por la plaza vagaba;
y el círculo se estrechó
cuando al extremo llegó
el cordón que lo cerraba.

Todos, todos se salieron
y limpio el circo dejaron;
en calacuerda rompieron;
los soldados se esparcieron,
y á los andamios treparon.

Doblan las aclamaciones,
y las palmadas seguidas;
bravos suenan á millones;
y en tendidos y balcones
dan voces enardecidas.

De seda carmesí y oro guarnido
en su balcon la autoridad se hallaba,
por quien va á ser el acto presidido:
cual sol radiante en medio se encontraba
de aquel orbe poblado y estendido,
que ansioso é impaciente ya esperaba
la señal del saludo ó el paseo,
que diera en fin, colmando su deseo.

La lucida cuadrilla se presenta
de dos listos sirvientes precedida,
y la algazara y el bullir se aumenta
respirando el concurso nueva vida:
viene el Cándido en medio, que se ostenta
de rosa y plata el rey de la corrida;
á su diestra Guillén de blanco y oro,
y opuesto el Sombrero hecho un tesoro.

En pos seguian diez banderilleros
de los mas decididos y afamados,
que ni en lujo y primor son los postreros,
y en brio y ligereza aventajados:

y con gran señorío mas traceros
vienen los picadores esforzados;
el tío Ortiz, y Doblado, hombre membrado,
y Colchado, el que mas que todos pudo.

A un jardín se asemejan las mulillas
matizado en abril de lindas flores;
de rico terciopelo las mantillas
con esquisitas randas ó labores;
de seda las vistosas banderillas
de distintos dibujos y colores;
y seis pulidos majos las guiaban,
que la comparsa bélica cerraban.

Siguieron con notable bizarría
y al gobierno primero saludaron;
y con noble é igual cortesania
de la ciudad los miembros acataron.
La vistosa comparsa se esparcia;
las picas los ginetes empuñaron;
y entre vaqueros, mansos y encerros,
entran los ocho toros como cerros.

Ya encerrados, la gresca y hulla crece:
toca al punto Simon, suena el cerrojo;
se abre el chiquero, y súbito aparece
un bicho de Arcos respirando enojo.
A su vista el concurso se estremece:
boyante, y con divisa negra y rojo,
presagio de la muerte y la ruina,
que con solo el aliento ya fulmina.

Dos puñazos tomó, y siguió luego
y con el recio Ortiz rabioso cierra:
el caballo le mata airado y ciego
y hace rodar al viejo por la tierra.
Sigue de hombres y brutos el trasiego,
y todo el mundo con razón se aterra;
y si el diestro Guillen no está presente,
no queda un picador para el siguiente.

A banderillas tocan; y al cuarteo
le plantó cuatro pares Pepe Encina;
dos á topa carnero Timoteo;
y otros dos al trascuerno Muselina.
Suena un estrepitoso palmoteo,
y el auditorio en su se desatina,
cuando Simon con su clarín sonoro
tres veces repitió: maten al toro.

El Cándido salió con noble brio
del estoque y el trapo pertrechado;
á aquel reto espantoso ó desafío;
y al gobierno y al pueblo ya brindado,
con gran serenidad y señorío,
altivo continente y confiado,
como en su oficio el principal atleta,
le pone en el hocico la mulata.

Lo cita con firmeza; el bruto parte:
lo saca al natural cual de rodillas;
después de pecho por esotra parte;
se aploma; lo trastean las capillas;

teme, recela; apura todo el arte:
con la espada apartó las banderillas;
lo llama al suelo; el animal agacha,
y con un volapié me lo despacha.

Si todo el firmamento desprendido
diera en el mar, do fuera sepultado,
y el mundo como Atlante sumergido
ó de sus fuertes ejes arrancado,
no se oyera el estrépito y ruido
que en la redonda plaza ha resonado,
cuando el toro, doblando la rodilla,
le dió Patas-de-anafe la puntilla.

Cesa el tumulto y las mulillas dejan
la arena de difuntos despejada;
los sangrientos despojos de ella alejan;
y la liza de nuevo preparada,
los instrumentos bélicos festejan
del segundo la próxima llegada:
tocan: sale con moña blanca y rosa,
un toro, lo mejor de Vista-hermosa.

Lo pican: diez caballos despavila;
de leña lo cargaron sin consuelo:
mas resuelto y furioso que un Atila
de capas y monteras cubre el suelo:
sangre por todas partes ya destila,
de un lado á otro se le vé de un vuelo;
y tomando distancia, á la carrera,
salva de un solo brinco la barrera.

¡Qué espanto! ¡qué dolor! ¡hay madre mía!
Los unos como estatuas se quedaron;
los otros salir quieren á porfía:
de cabeza á la plaza se arrojaron
los ministriles que en la valla habia:
los rosquetes y cántaros rodaron,
sufriendo mas de veinte, ¡qué diablura!
una liada y sabrosa pateadura.

Se abren las contrapueras; vuelve ufano:
toca Simon, y el matador ufano,
lo brinda á la ciudad, y va animoso
á lidiar con la fiera mano á mano.
Era Guillen, con su vestido hermoso,
su lindo talle, su mirar gitano;
lo llama, lo revuelve y va poniendo,
y de una lo remata, recibiendo:

El tercero salió berrendo en rojo,
con la divisa azul, blanca y morada;
bien encornado, de estremado arrojo,
pero blando al llegar á la picada:
busca gente de á pié para despojo
al recorte y carrera acostumbrada;
se presenta Guillen, y cual desea,
de mil distintos modos lo capea.

Llegó haciendo la vieja, y al derrote
dió una vuelta y quedó firme y parado;
despliega á la verónica el capote
y lo saca por uno y otro lado;

se pone por detrás el anascote;
y lo burla de espalda y de costado;
y al rascarla el justús, como de un vuelo,
la baba le limpió con el pañuelo.

Bandarillas; la muerte: el Sombrerero
salió pausado asáz, respetuoso;
y con semblante afable aunque severo,
á otro majo se acerca mas lujoso,
al que ofreció cortés y placentero
la espada y la muleta, que animoso
toma, y al toro va con firme huella:
era el noble marqués de Torrecuella.

A nadie lo brindó su señoría,
aunque cierta mirada revelaba
el brindis que sus labios encubría.
Todo el mundo la vista en él fijaba,
que con notable arrojo y gallardía
al espumoso toro se acercaba,
cercado por Guillen y el Sombrerero,
y el Cándido también, aunque tracero.

Por aquí, por allí: lo llamó uno:
sácalo más; ya está, llegó la hora:
no le dé usía las táblas por San Bruno:
viva lo bueno; el otro pase; ahora,
que el bicho está á morir como ninguno,
á ver si el jierro al probe se le atora:
se arma; lo cita; el toro se destaca,
y lo mató el marqués de un mete y saca.

¿Quién el estruendo describir pudiera,
la aclamacion confusa y gritería,
de aquella multitud que placentera
su entusiasmo exhalaba y alegría?
¿Ni cómo con mi musa consiguiera,
lo que nunca tal vez conseguiría
Maroa, Ercilla, el Ta-so, el mismo Homero,
siendo mi débil numen el postrero?

La funcion prosiguió: mas complacida
se mostró cada vez la concurrencia:
cumplen los ocho toros la corrida;
toros de hermosa y sin igual presencia,
de irresistible y fiera arremetida,
que solo vence el arte, la prudencia,
y el valor, que censura, verdadero,
porque no lo conoce el extranjero.

El último toro muerto
salió un nublado de gente;
todo el concurso revuelto,
que por las calles del Puerto
transitaba lentamente.

Los pañuelos atestados
de avellanas y altramuces,
bocas, garbanos tostados;
y algunos como alumbrados
andaban entre dos luces.

—Vámonos á la comedia,
dijo don Cosme, señores:
dicen que es una tragedia;
se pasará, habiendo feria,
una noche de mil flores.

—Es improbo mi trabajo;
tengo al punto que volver,
dijo el militar.—Me najo
yo tambien, repuso el majo,
que tengo en Cádiz que hacer.

Amigos se despidieron:
hubo ofertas, mano, adios.
Al muelle se dirigieron,
y en un verbo se pusieron
junto á la escala los dos.

Cuadro Cuarto.

LA VUELTA A CADIZ.

Rielaba en el manso rio
la luna resplandeciente,
y los barcos apiñados
ni se chocan ni se mueven:
hacia el mar su curso lleva
sin que su carrera altere
el abrego con su rabia
ni el vendaval inclemente:
como la vida en su curso
que apenas mover se siente,
y va rápida corriendo
para el hogar de la muerte.
El aura apenas respira;
el álamo no se mece,
y sirven sus quietas ramas
al jilguerillo de albergue.

Muge la vaca en el coto
que en su izquierda márgen crece;
y con sonoro murmullo
del vergel corre la fuente.

A lo lejos se escuchara
un sordo rumor que á veces
se disminuye, y mas rudo
á potos instantes vuelve;
el rumor de los que pasan
de San Alejandro el puente,
ya terminada la fiesta
y que se toman alegres.

—¿Quién se embarca, quién se embarca?
¿Quién para Cádiz se viene?
varias voces repetian
que el silencio las acrece.

—Vaya una ayuda de costa:
Camaron, un peso—¿Veinte?
No puedo, señor don Roque,
como á cuarenta no llegue.

—Pues embarca, y por la posta.
—¿Y estos amigos?—Que entien:
señor militar, adentro.

—¿Y el camarada se vuelve?
—No señor, que todos caben.
Niñas, hácia aqui ponerse.

—Larga.—¿Tenemos marca?
—Sobrante; si el agua crece
hará dos horas lo menos:
estamos entre ocho y nueve.
Larga, larga: con resaca;

por en medio; ya me entiendes.

—Poco calan los bicheros!

—El fanguillo algunas veces
la canaleja embaraza.

Esos remos desenvuelve;

armarlos en rebasando;

apretar bien los toletes;

ese estrobo: Periquillo,

mira por donde te metes,

que has pisado al militar.

Jala avante, que habrá aceite

para las lámparas todas

de nuestro Señor del diente.

Jala con rabia.—No hay viento;

una paja no se mueve.

—No importa; jala, Castillo;

á la vez: jalando siempre.

—Pues en la barra hay ruido.

—Con la callada parece

que mas suena lo que suena.

—Hemos tocado dos veces.

Señor patron, ¿va usted á rastra?

¡Hay San Pascual, que se tuerce!

¡Qué embestida dió el falucho!

—Los hicheros, corre, Pepe.

—¿Hay Virgen de los Milagros!

—¿A que nos volvemos peces!

—¿Si está la mar como un platot!

A popa todos ponerse:

contrapesar con coraje;

que alee el pico; mas se puede:

se concluyó: echarse al agua,
y que el borrico se lleve
en vilo hasta el mismo Cádiz,
que aquí el trabajo no duele.
¡Alza primo! las costillas
en sus costillas meterle:
es de lana una verija,

con dos dedos se suspende.

—¡Si está enclavado en la arena!
Ni una sola línea cede.

—Alza y bota al mismo tiempo.

—Es inútil, no se mueve.

—Pues al avio, y dejarlo;
que salga solo si quiere.

Embarcarse.—Camarón,

merecia usted un grillete,

dijo el majo, y por posdata

un comitre y un rebenque.

¡Canario y qué lancecito!

Ni diez minutos se pierden

en la varada, señores:

el agua á torrentes viene,

y si se lia un cigarro

no da lugar de encenderse.

Las olas mansas se miran
avanzando perezosas,
y en torno del bajel giran;
y mas mansas se retiran
de las playas arenosas.

La luna brilla en el cielo
y aclara la triste escena;
y vierte dulce consuelo,
al través del denso velo
de aquella noche serena.

Solo se vé el barco oscuro
entre linfas cristalinas,
que aparece como un muro
de hondo cimiento y seguro
entre sombras blanquecinas.

Un silencio sepulcral
á la agitacion sucede;
y con el peso del mal,
sufre aquel lance fatal
cada-cual conforme puede.

Ya se resignan, se animan,
y brilla la confianza:
en la desgracia se estiman;
unos á otros se aproximan
y hacen nacer la esperanza.

De la molestia olvidados
ensanchan el corazón,
y hablan como estasiados
de aquellos toros lidiados
en tan famosa función.

Pasó el tiempo sin sentir
con su rápida corrida;
el barco llegó á salir;
y á alguno se vió al partir,
como sentir la partida.

—Las once, señor patron,
Viento escaso á la zalea;
se volvió á la confusion;
hota y grita el nuevo Huson
que en sus faenas se emplea.

Atrás la barra dejaron;
al sur el aire sopló;
á las ánimas rezaron,
los remos se desarmaron,
y la vela se levó.

Al castillo un repiquete;
otro allá á la cabezuela;
de otro, en las puercas se mete;
á la vaca le acomete,
y en seguida á Cádiz vuela.

A la una en punto llegaron;
cerradas entrambas puertas,
y en el muelle se quedaron;
y á la mañana, se entraron,
cuando las vieron abiertas.

Aunque con susto y clamores,
siempre en union y concierto,
olvidando sinsabores,
entre placeres y amores
se ven los TOROS DEL PUERTO.

FIN.